

ARMANDO PETRUCCI*: *Alfabetismo, escritura, sociedad*

Irma López de Castilla*

El autor es experto en paleografía y diplomacia, disciplinas que utiliza como instrumentos de interpretación de los fenómenos socioculturales de la práctica de la lectura y la escritura en occidente. Desde la perspectiva de las clases sociales, el autor analiza a lo largo de las cuatro secciones en que está estructurado este conjunto de ensayos escritos entre 1974 y 1996, temas como la definición de un método que permita investigar las relaciones entre la difusión social del alfabetismo y las articulaciones de la sociedad; los distintos sistemas de producción de los testimonios escritos entre la época del manuscrito y la de la imprenta; las prácticas de lectura entre el medioevo y la época contemporánea y el sentido y porvenir de los procesos de formación y conservación de la memoria escrita en coincidencia con los cambios decisivos introducidos en los últimos años en los mecanismos de la memoria social por la consolidación y difusión de los procesos informáticos.

Memoria escrita

Consideramos útil detenernos un poco en la cuarta sección: funciones y futuro de la memoria escrita que se inicia con una conversación del autor con Juditta Santori en la que se resalta que las sociedades en las que se escribía poco, utilizaban materiales caros y duraderos y más bien las sociedades donde se hizo un uso muy amplio de la escritura, se utilizaron materiales baratos y no duraderos como es el caso de la antigüedad clásica. Se puede hablar en este sentido, de una ley de la historia con connotaciones políticas y económicas, que rige para todas las tradiciones de escritura: cada vez que una sociedad decide un cambio de material scriptorio, lo hace respondiendo a presiones que provienen de abajo. El aumento del alfabetismo y de la necesidad de leer han creado la necesidad de buscar nuevos materiales. Como esto supone actividades económicas, sus operadores han buscado obtener el material a bajo costo, lo que ha llevado gradualmente al uso de materiales baratos y poco duraderos.

En la sociedad actual se plantean dos objetivos fuertemente contrapuestos entre sí: la búsqueda de un beneficio salvaje, incluso en la producción de materiales culturales y la voluntad de conservar y preservar esos mismos mensajes culturales. Pero la humanidad ya ha conocido la destrucción de los mensajes escritos, como por ejemplo parte de la literatura griega y latina, y

* Petrucci, Armando. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona, Gedisa, 1999. Pág. 319.

** Licenciada en Bibliotecología. Directora General del Centro de Servicios Bibliotecarios Especializados de la Biblioteca Nacional del Perú.

lo mismo ocurrirá con los mensajes culturales que nosotros elaboramos. Aún si se tratara de conservar en material duradero un ejemplar único de cada texto, la producción mundial anual es de tal magnitud, que esta tarea sería utópica y nadie puede asumir la responsabilidad de elegir qué se guarda para el futuro y qué no. Al estar nuestra sociedad dominada por la ley del beneficio, si los agentes económicos de la producción de textos no encuentran desde el punto de vista industrial, la conveniencia en utilizar un material duradero, no habrá salida.

Una gran parte de la memoria histórica está destinada a desaparecer y la selección será automática y no “selectiva”. Sólo se salvará lo que sea trasladado a un soporte más duradero. Termina diciendo que así como los bárbaros han destruido una gran parte de la memoria cultural del mundo clásico, la sociedad actual no necesita de vándalos, porque las bibliotecas las destruimos nosotros, como una necesidad, pues producimos tal cantidad de material escrito que para que el mundo no se ahogue entre éste, lo imprimimos sobre material perecedero.

En otro capítulo de esta tercera parte aborda a las bibliotecas como estructuras de conservación que aseguran la organización de la cultura escrita y su transmisión. Se ocupa en consecuencia, también de sus operadores, los bibliotecarios, que hacen posible su uso social. Hace el siguiente recuento histórico, necesario para entender los mecanismos de funcionamiento y los fines culturales de las colecciones de libros de las sociedades precedentes:

Bibliotecas Reales

En la historia se han alternado períodos de prevalente pasividad, volcados enteramente a la conservación y a la clausura, con períodos de profundos cambios de repertorio y de fuerte compromiso cultural. Así, en Occidente, todo cambio de la biblioteca como institución y de las prácticas de lectura ha coincidido con una crisis en la naturaleza y transmisión de los mensajes escritos. Haciendo un recuento señala que entre la antigüedad tardía y el alto medioevo, las bibliotecas, casi todas religiosas eran depósitos pasivos de libros, sin espacios de lectura y que ésta, cuando se realizaba, era en diversos lugares de la institución, de acuerdo con las circunstancias. En el monasterio medieval, la práctica del copiado de textos desarrollada en el scriptorium, no se unía a la práctica de lectura de biblioteca.

Las bibliotecas reales altomedievales eran colecciones de libros que formaban parte del tesoro real, compuestas en su mayoría por lujosos libros litúrgicos, y sólo ocasionalmente comprendían libros de autores clásicos, de filosofía, de historia, etc. Es decir, no eran bibliotecas de lectura sino de atesoramiento.

Bibliotecas para estudio y enseñanza

Entre los siglos XII y XIII la cultura escrita europea sufrió un cambio radical. Los libros fueron escritos, producidos y leídos de maneras diferentes a las hasta entonces usuales. De nuevo aparecieron en Europa occidental las bibliotecas de lectura, destinadas al estudio y a la enseñanza. Estos cambios fueron provocados por la cultura universitaria-escolástica que

impuso la necesidad de consultar muchos textos simultáneamente. Las bibliotecas se convirtieron en depósitos ordenados de libros donde muchos tuvieron la posibilidad de consultarlos y leerlos.

Aparecieron verdaderas bibliotecas, con puestos para lectura y con servicio de préstamo, con bibliotecarios, con registros, con lectores entre ellos estudiantes, profesores y estudiosos provenientes del exterior. Fueron bibliotecas modernas para la época, donde se intercambiaba información y aprendizaje a través de la lectura.

A partir del siglo XIV, la nueva categoría socio-cultural de los prehumanistas y humanistas empezó a demandar libros de autores clásicos, de retórica y de gramática, que no tenían las bibliotecas escolásticas, de repertorio funcional y cerrado, porque necesitaban reformar la lengua escrita con que expresar nuevas ideologías a la sociedad y a sus clases dirigentes. El suyo era un mensaje dirigido a pocos, que prefería la relación privada, el uso libre del libro a la lectura institucional. Una vez más, el rechazo de un modo de escribir y de leer iba acompañado de un rechazo a un modelo de biblioteca: la escolástica.

Las bibliotecas humanísticas se nutrieron de grandes cantidades de los textos y de los libros griegos que regresaron al Occidente. Tenían también libros de cultura religiosa, sobre todo patristicos, de la tradición medieval y de la tratadística filosófica.

Bibliotecas de Estado

En la segunda mitad del siglo XV, sobre la base de las humanísticas, los soberanos italianos y europeos, deseosos de parecer protectores de las letras y de la nueva cultura basada en la antigüedad, crean las “bibliotecas de Estado” o “bibliotecas del Príncipe”, entre ellas la forzesca, la Malatestiana, la Vaticana de Sixto IV, la aragonesa, la de Urbino de los Montefeltro, etc. Estas bibliotecas eran no tanto de uso público sino propiedad del príncipe y símbolo de su poder y de su buen gobierno. Si bien es cierto, no eran visitadas frecuentemente por los príncipes, a veces eran usadas, aunque fuera indirectamente, con fines de información, préstamo y documentación, y fueron indispensables para casos de controversias internacionales, de problemas de gobierno del territorio, de relaciones con los otros soberanos y las aristocracias locales, y de conflictos jurisdiccionales.

Este modelo de biblioteca, que dominó la historia de la cultura escrita europea hasta el siglo XVIII, se transmitió en sus características de organización, en sus estructuras y en su exposición al público, a las bibliotecas privadas y eclesíásticas de la misma época.

Función social y cultural de las bibliotecas

Pero, de todas maneras, el aspecto patrimonial y de pura exhibición era el predominante. Muchas bibliotecas del príncipe eran también museos y trataban de constituir, con afán conservador y en torno a los libros una documentación completa del saber, un tesoro polivalente, entonces las bibliotecas de la época, eran, más que usadas para el estudio, visitadas como tesoros,

como cofres ricos en sorpresas, en novedades raras que descubrir, con propósitos de copia y exaltación descriptiva. Aquí los bibliotecarios jugaban un papel de intermediarios indispensables.

Esta función de intermediación entre la cultura escrita oficial conservada en las bibliotecas y la política cultural de los soberanos, adquiere la categoría de indispensable con la compilación de los catálogos, tarea del bibliotecario conservador desde la época del Renacimiento, orientada no solamente a guiar a los estudiosos en el contenido de la biblioteca, sino que además tenían una función patrimonial de enumeración de las posesiones para el propietario y con otra actividad surgida de la catalogación, la bibliografía, serie de registros de todos los libros producidos y que podrían no encontrarse necesariamente en una biblioteca determinada o en ninguna.

La función social de las bibliotecas como instituciones y de los bibliotecarios como operadores fue totalmente modificada en el transcurso del siglo XIX por varios factores: la ciencia positiva, el método filológico formal y la actividad de las nuevas universidades de modelo alemán. Las bibliotecas volvieron a ser como en el siglo XIII, un instrumento para el avance de las ciencias, un lugar de progreso y de intercambio de informaciones.

Estos profundos cambios también se dieron en los catálogos. Del modelo antiquísimo en forma de libro registro se pasó al catálogo en fichas móviles, dispuestas en ficheros. La creación y difusión de éstos hizo más rápida y fácil la consulta, más exacta y actualizada la información patrimonial y cambió la forma misma de investigación en la biblioteca.

Bibliotecas públicas de lectura

Por la misma época nació el modelo de biblioteca pública de lectura, que llegó a ser funcional y eficiente, basada también en el catálogo de fichas y la consulta libre, aunque con fines, métodos y público completamente diferentes que los de las bibliotecas de investigación. Ambas, en una armoniosa división de tareas, teóricamente eran capaces de responder a cualquier tipo de demanda, pero en la realidad, salvo excepciones, los dos modelos han sido incapaces de responder a los cambios de la demanda, a su crecimiento acelerado, a su diferenciación y a la necesidad de cambios estructurales, imposibles de realizar por dificultades financieras y falta de proyecto y de política en materia de bibliotecas.

Hoy en Europa, está en crisis tanto la función como el uso social de las bibliotecas, por lo que se buscan para ellas nuevas tareas, que por ahora no tienen correspondencia real con las necesidades de un público cada vez más difícil de identificar y definir.

Finalizado el recuento histórico y para concluir, Petrucci plantea que la solución podría estar en una visión que considere la conservación y el progreso como elementos complementarios de modo que las bibliotecas vuelvan a desarrollar, incluso en las condiciones de dificultad e incertidumbre como la actual, su función de organismos transmisores de cultura escrita.